CIENCIA Y EDUCACIÓN

L. Brackenbury.—*La enseñanza de la Gramática.*—Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Gibbs, Levasseur y Sluys.—*La enseñanza de la Geografía.*—Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Lavisse, Monod, Altamira y Cossío.—*La enseñanza de la Historia.*—Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Edmundo Lozano.—*La enseñanza de las ciencias físicas y naturales.*—Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Compayré.—*Pestalozzi, Herbart y Herbert Spencer.* (3 volúmenes.)—Precio: 1,50 rústica, y 2,50 tela.
Abel Rey.—*Lógica, Ética y Psicología.* (3 volúmenes.)—Precio: Tela, 6 pesetas el 1.°, y 5 el 2.° y el 3.°.
Julián Besteiro.—*Juicios sintéticos «a priori», según Kant.* (Folleto.)—Precio: 1 peseta.
A. Posada, Clemente de Diego y otros.—*Derecho usual.*—Precio: 8 pesetas tela.
Pestalozzi.—*Cómo enseña Gertrudis a sus hijos.* (2.ª edición.)—Precio: 3,50 rústica, 5 tela.—*El Método.* (Folleto.)—Precio: 0,50.
W. Rein.—*Resumen de Pedagogía.*—Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
J. F. Herbart.—*Pedagogía general.*—Precio: 3,50 rústica, 5 tela.
Th. Davidson.—*La educación del pueblo griego.*—Precio: 3 rústica, 4 tela.
P. Barth.—*Pedagogía.* (2 tomos.)—Precio: 6 y 4 tela.
H. Weimer.—*Historia de la Pedagogía.*—Precio: 2,50 rústica, 3,50 tela.
Luis de Zulueta.—*El Maestro.* (Folleto.)—Precio: 0,60.
Francisco Giner de los Ríos.—*Ensayos sobre educación.*—Precio: 6 rústica, 7,50 tela.
P. Natorp.—*Curso de Pedagogía general y Pedagogía social.* (2 volúmenes.)—Precio: 1,50 y 6 rústica, 2,50 y 7,50 tela.
R. Altamira.—*Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización.*—Precio: 2 rústica, 3 tela.
Milton.—*De educación.*—Precio: 1 rústica, 2 tela.
Vives.—*Tratado del alma.*—Precio: 4 rústica y 5,50 tela.
Montaigne.—*Ensayos pedagógicos.*—Precio: 3 rústica y 4,50 tela.
Welpton.—*Educación física e Higiene.*—Precio: 5 rústica y 6,50 tela.
Gonzalo R. Lafora.—*Los niños mentalmente anormales.*—Precio: 6,50 pesetas rústica y 7,50 tela.

CIENCIA Y EDUCACIÓN

FOLLETOS

EL MAESTRO, LA ESCUELA Y EL MATERIAL DE ENSEÑANZA

POR

MANUEL B. COSSÍO

EDICIONES DE LA LECTURA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RECARGO
PROVISIONAL
10 %

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

R. 533.016

CIENCIA Y EDUCACIÓN

FOLLETOS

V
C. 9622-4

EL MAESTRO, LA ESCUELA Y EL MATERIAL DE ENSEÑANZA

POR

MANUEL B. COSSÍO

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

EDICIONES DE LA LECTURA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL MAESTRO, LA ESCUELA Y EL MATERIAL DE ENSEÑANZA [1]

I

Mis primeras palabras han de ser para cumplir dos deberes. Uno, felicitar sinceramente al pueblo y al ayuntamiento de Bilbao por sus generosos y bien intencionados esfuerzos en servicio de la educación pública; por la amplia y animadora labor que en este orden vienen realizando. No he de esforzarme en encontrar epítetos para calificar su obra. Me bastará con llamarla *sin par;* pues, afortunadamente para esta briosa y anhelante capital de Vizcaya, *sin par* es ella, entre todas las ciudades de la Patria, por tener 45 de sus 49 escuelas primarias—de niños, niñas y párvulos—instaladas en edificios propios, hechos ex profeso, grandes, demasiado grandes tal vez, y aun grandiosos; por sus 20.000 pesetas anuales otorgadas a las colonias escolares; por sus

(1) Conferencia dada en Bilbao con motivo de la Exposición Pedagógica, en agosto de 1905.

Biblioteca Nacional de España

cuatro clases especiales de música para los alumnos de las escuelas públicas; por sus maestros, año tras año enviados a estudiar al extranjero; y más que por todo esto en sí mismo, por lo que ello significa para mañana; por las nobles aspiraciones que aquí se perciben hacia una educación primaria *humanizada;* es decir, consonante con la de aquellos pueblos que, lo mismo en Europa que en América, en Africa que en Asia y Oceanía, representan hoy el más alto grado de la cultura histórica.

El otro deber es dar gracias al ayuntamiento de Bilbao por haber querido asociar mi persona, en este caso, a una de esas claras manifestaciones de los vivos deseos que le animan por el mejoramiento de sus escuelas. Manifestación para mí la más simpática, porque consiste en pedir parecer y consejo, en buscar caminos, en aventar el fruto recogido, en poner el oído atento a todo género de orientaciones. Que esto, y no otra cosa, significan, a mi entender, las conferencias pedagógicas que ahora comienzan y la Exposición escolar que se está celebrando. Y por eso yo—y sirva de descargo de mi conciencia y de explicación a los que conocen de antemano mis puntos de vista—; yo, que no siento entusiasmo, ni siquiera calor, hacia las conferencias pedagógicas; yo, que soy decididamente contrario a las Exposiciones escolares; yo, que no era el más llamado, por tanto, como veis, a participar en aquéllas y en

Biblioteca Nacional de España

ésta, he podido venir aquí, sin embargo, no sólo como quien acepta resignado un compromiso o penosamente cumple un deber ineludible, sino como aquel que, prescindiendo de sus particulares aficiones sobre la forma en que se le invita al trabajo, responde agradecido al honroso requerimiento de este pueblo, y responde, además, con amor y con gusto, porque no ve ya en tales solemnidades otra cosa que una ocasión propicia para orear el ambiente educativo. Si, por ventura, acertara a lograr esto, en el informe como jurado y en las palabras que ahora he de dirigiros, creería haberos pagado con mi mejor moneda, pues soy de los que piensan y repiten, con vuestro paisano el gran excitador Unamuno, que no hay función tan altamente benéfica, en un país de secular pereza y soñarrera, como la de remover e *inquietar* a los espíritus.

*
* *

Por eso no os extrañará que, al inaugurar estas conferencias pedagógicas, comience por decir que ni son conferencias ni son pedagógicas.

Es cierto que así se llama, aquí y en todas partes, a los discursos sobre asuntos de enseñanza, como los que vais a escuchar en estas noches, y no es mi ánimo, ciertamente, pretender que se les cambie el nombre; pero sí quiero hacer notar, ya que de enseñanza hablo y de conferencias

Biblioteca Nacional de España

pedagógicas se trata, el alcance educador de las mismas.

No hay conferencia donde no existe un asunto llevado en común por los que conferencian; donde no se fragua un producto mediante acciones y reacciones de los conferenciantes. Así, la excitación y la reacción, la participación en el discurrir, la recíproca comunicación del pensamiento, la conversación, en suma, o sea la ida y vuelta de las ideas de uno a otro, es la forma característica y esencial de la conferencia. En el discurso hay uno que piensa y habla; los demás oyen, no todos escuchan, algunos entienden; por donde el público puede ser numeroso y heterogéneo. En la conferencia han de trabajar todos, según sus fuerzas, para conseguir un común resultado; y de aquí se impone la selección, la limitación y la homogeneidad de los trabajadores. En el discurso hay un actor y un público. En la conferencia no hay público; todos son actores. Y de este carácter de labor en común, de verdadera labor cooperativa, en que todos a una participan, proviene su alcance pedagógico, es decir, educador, o sea creador y forjador de la acción, lo que sólo se logra mediante la acción misma. Porque el hombre educado no es el que sabe, sino el que sabe hacer y mediante la acción, trasporta a la vida las ideas. Y a hacer sólo se aprende haciendo, y a indagar y pensar, que es un hacer fundamental, pensando, no pasivamente leyendo, ni con-

Biblioteca Nacional de España

templativamente escuchando. Por esto la conferencia, que obliga a hacer y a producir a todos, es, por esencia, educadora, y el discurso, en que el público se contenta con oír, puede ser instructivo, ameno, emocionante; puede llegar a cumplir su fin más alto, el de excitar el pensamiento y provocar a la acción; pero no enseña a hacer, no es pedagógico y educador en aquel orden más que para el que lo pronuncia.

La tradición universitaria en Alemania ha conservado al término conferencia su valor más genuíno, y *die Konferenz* es allí, no un discurso, sino el momento del seminario pedagógico en que se avaloran en común, críticamente, por maestros y alumnos, los resultados del trabajo hecho anteriormente en el *Teórico* y en el *Práctico*. Y a ese mismo sentido obedecen los *maîtres de conférences* de *l'Ecole Normale Supérieure*, de París, y de las Universidades francesas, encargados de enseñar a investigar, a discurrir y a practicar a los alumnos; pero no de hacer discursos.

Bien están los discursos sobre educación en este caso, para arrojar la semilla sobre un público vario y numeroso; pero cuando hayáis de enseñar a hacer y queráis educar a niños o a grandes, acudid a la conferencia de que acabo de hablaros, a la verdadera conferencia pedagógica.

*
* *

Biblioteca Nacional de España

He podido venir a la Exposición escolar, como os he dicho, a pesar de ser contrario a ellas, y vosotros podéis estar satisfechos de haberla organizado. Ni estáis solos ni es una rareza, ni mucho menos una antigualla vuestra empresa. En París, en Londres, en Berlín, organízanse con frecuencia Exposiciones escolares. Yo he asistido el año pasado a la de San Luis de Missouri, en América. En estos mismos días celébrase una en Lieja. Marcháis, pues, con lo más selecto del mundo pedagógico extranjero; quiero decir, con lo más selecto de la mayoría. Yo, en este caso, como en muchos otros, pertenezco a la minoría.

No es tampoco en mí una rara singularidad pensar lo que pienso. También tengo quien me acompañe. Y las minorías tienen un papel que jugar en la historia, que no es ciertamente el de convertirse a cada paso en mayorías, como en el "turno pacífico" de nuestro plácido sistema parlamentario, sino el de empujar y espolear a las mayorías gobernantes en todos los órdenes de la vida, y tenerlas despiertas. Cuando la minoría se convierte en mayoría pierde su carácter, y al punto es reemplazada por otra minoría; que en la vida y en la realidad hay, por fortuna, sustancia abundante para que las minorias no se agoten. No os aflijáis, pues, de que haya hoy una minoría contraria a las Exposiciones escolares; porque cuando éstas se transformen y desaparezcan, habrá otra minoría que no nos dejará tam-

Biblioteca Nacional de España

poco reposar tranquilos en el organismo que las haya sustituído. Notad, además, que el ser mayoría o minoría no es asunto de mayor o menor mérito; es cuestión de carácter. Se nace en uno o en otro bando, como se nace rubio o se nace moreno, como se nace flemático o bilioso, optimista o pesimista, tranquilo o violento. Sí; hacéis bien en haber organizado vuestra Exposición pedagógica, y yo hago bien en asociarme a ella, con o sin entusiasmo, con tal de deciros, para un mañana más o menos remoto, que esta obra de realidad puede ser más real todavía; que esta obra de paz puede ser todavía más pacífica.

Porque estos son los pecados de una Exposición escolar; probablemente de toda clase de Exposiciones. No es bastante real y sincera, porque no es *viva*. No es pacificadora, porque se organiza como certamen personal, como contienda. Todo premio alcanzado en concurso lleva en sí un elemento agresivo y otro depresivo. Excita las pasiones, pero las malas: la emulación, que necesita llamarse ingenuamente *noble* para encubrir su bastardía; la envidia; la soberbia del triunfo; la humillación de la derrota; la odiosa comparación del mérito propio y del ajeno; el endiosamiento; la amarga tristeza; las bajas murmuraciones; la iracunda protesta contra todo fallo desfavorable, y hasta el innoble espectáculo de las míseras rencillas personales.

En este problema de tan enorme trascendencia

Biblioteca Nacional de España

para el ideal de la vida y para la obra de la educación, pertenezco también a aquella minoría que cree que, si venimos de la lucha y en ella estamos todavía de lleno, hacia la paz en la tierra, la paz en todas las esferas, la universal y absoluta para todos los hombres, los de buena como los de mala voluntad, hay que ir marchando.

La Exposición escolar es *muerta*, porque no mostráis en ella el único producto vivo de la obra educadora, que es el educando; la sola garantía verdadera de vuestra labor pedagógica, como el pintor cuelga en el *salón* sus cuadros, que son sus creaciones. A falta de producto, exponéis el proceso que os ha servido para conseguirlo; es decir, creéis exponerlo, mostrando el método, el material de enseñanza y la labor del niño, sin reparar en que todo esto no es más, para el contemplador, que *detritus* y escorias; obra muerta, inútil para elevarlo al conocimiento del verdadero valor del proceso educativo, que sólo se alcanza cuando se le ve en acción, no ya *producido*, sino *produciéndose;* ante sus dos factores esenciales e insustituíbles, el maestro y el alumno, esto es, en la escuela misma, en el diario y sincero ambiente; en una palabra, cuando el proceso es *vivo*.

A la *Exposición escolar* ha de sustituír, por tanto, la *Exposición de escuelas*. Un paso hacia ello representa ya, no sólo el hecho, cada vez más acentuado, de exponer los trabajos en abundancia y en el proceso de su elaboración, antes de terminar-

Biblioteca Nacional de España

se, sino, sobre todo, el de llevar a la Exposición misma secciones de alumnos, para que hagan allí con el maestro su trabajo ante el público, como ahora, por ejemplo, verifica con excelente sentido, vuestra Escuela de sordos y de ciegos. Pero, aun con eso, el problema queda en pie. Ni siquiera alcanza a suprimir otro vicio derivado del anterior, y que toda Exposición lleva consigo: su inmensa dificultad, por no decir radical impotencia, para mostrar el producto, siquiera sea muerto, pero el producto entero, el de *toda la escuela* y de *todos los días*. El público, para obtener garantía de verdad, necesita, antes que nada, conocer la obra viva verificándose; ver trabajar; pero a la escuela entera, que se forma, como todos sabéis mejor que yo, menos de los alumnos estudiosos que de los medianos y los desaplicados; y verla, además, en las condiciones normales de todos los días, sin esa falsa inmoral preparación, mixtificación debería llamarse, que es patrimonio común a las Exposiciones y al funesto y perturbador sistema de exámenes.

Exposición de escuelas dije, y tal vez he dicho mal. Debería suprimirse hasta el nombre; pues mientras se hable de Exposición, sin culpa de nadie, por la fuerza de las cosas y en mayor o menor grado, siempre será preparada artificiosamente. Preguntad a los artistas, a la minoría también, por supuesto, y los oiréis abominar de las Exposiciones, con especialidad, sobre todo, por la in-

Biblioteca Nacional de España

sana preparación que las precede. Quieren ellos ser juzgados más bien en sus propios talleres, en su medio natural, donde, tal vez, y sin tal vez, queda siempre colgada la obra más espontánea y jugosa; la de mayor intimidad y frescura; la que quedó sin concluír, porque no debió acabarse; la concebida en el puro amor de la belleza, sin los influjos profanos de las Exposiciones. Así, de igual suerte, en su propio taller, laborando a diario, sin vanas preparaciones, sin previo aviso, sin maléficos influjos extraños, que coarten su libertad y la del niño, que empañen, siquiera, la frescura de sus espíritus, así debe aspirar a ser juzgado el artista de la obra educadora.

Biblioteca Nacional de España

II

Mientras esto llega, vengamos ahora al tema anunciado.

No os podréis quejar, ciertamente, de que sea concreto. Pero su vaguedad es también pedagógica. De la escuela, del maestro y del material de enseñanza se pueden decir muchas y muy contrarias cosas, y yo no quería hablaros sino de las ocasionales, de las que entiendo más útiles aquí, y en este caso. Por esto, obligado a fijar el asunto de antemano, lo mismo pude haber escrito: *sobre Pedagogía,* resuelto como estaba a no concretar mi pensamiento hasta el último instante, hasta hallarme en este pueblo, hasta experimentar su impresión, hacer lo posible por sentir sus latidos y dejarme penetrar por su ambiente.

Y ya sé ahora, en efecto, lo que he de deciros. En esta entusiasta atmósfera de progreso educativo, entre gentes que vienen dando para la enseñanza primaria, con noble elevación, a manos llenas, es en donde conviene, más que en parte alguna, hablar contra los fetichismos pedagógicos. Contra los flamantes y aun los venideros, que son los peligrosos. Dejemos los antiguos, que ellos se caen solos.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Cada profesión tiene, señores, sus fetichismos; y el material de enseñanza constituye el fetiche de primera magnitud para el Cuerpo docente. Casi todos los profesores y maestros nos quejamos de la falta de material y casi ninguno dejamos de achacar a esta falta el éxito dudoso de nuestras tareas. Publicistas, maestros, autoridades escolares, patronatos de fundaciones privadas, piden a una material, esperando ingenuamente de él la inmediata trasformación y mejora de la enseñanza, o se aprestan solícitos a gastar en aquél los primeros y más abundantes recursos con que cuenten. Conozco algo de esto por el cargo que ejerzo, y contra tal tendencia quiero decir ahora dos palabras.

Líbreme Dios de negar que el material sea necesario; lo que afirmo es, de un lado, que por el momento, en el estado actual de nuestras escuelas, no es la primera necesidad a que debe atenderse; y de otra parte, que, en la mayoría de los casos en que el material se solicita y quiere aplicarse, no es el adecuado, y su empleo resulta, más que inútil, contraproducente.

Es tan firme en mí esta convicción, que teniendo a mi cargo, como sabéis, el Museo Pedagógico Nacional, suelo decir paradójicamente que la misión de este centro debe consistir en *desacreditar* el material de enseñanza.

Esta reinante obsesión del material explícase, no sólo como natural reacción contra la insuperable penuria del mismo que desde su origen vienen

Biblioteca Nacional de España

padeciendo nuestras anémicas escuelas, sino por otra causa más espiritual, más honda y más difícil de curar, con serlo aquélla tanto. Me refiero al concepto *mecanicista,* que predomina en la obra de la educación, como en todo el régimen social imperante.

Fiamos en el inspector, quiero decir, en el espía, en los vergonzosos e indignificantes ventanillos, cuando no en la carencia de puertas, esto es, en un neto régimen carcelario a la antigua, de puras inútiles garantías exteriores, la educación moral de nuestros internados. Y anhelamos poder confiar, para la enseñanza, en el libro, en el aparato, en el instrumento, en la máquina, en vez de confiar en el obrero. Nunca puedo olvidar lo que a un maestro mío oí referir y viene al caso.

Mostraba cierto profesor de una de nuestras Universidades su laboratorio, y mostrábalo orgulloso de la cantidad y riqueza de aparatos, de material de enseñanza que encerraba.

—Es mejor—acabó diciendo—que todo lo que he visto y tiene el Colegio de Francia.

Su interlocutor, entonces, se atrevió a preguntar tímidamente:

—Y ¿qué han hecho ustedes aquí con todo este material? Porque lo que en el Colegio de Francia se hace todo el mundo lo sabe.

Y ¡tanto como se sabía! Harto estaba en él, Berthélot, de colaborar a la historia de la Química; y allí, en sus sótanos, por aquellos días y con

Biblioteca Nacional de España

cuatro cacharros, como suele decirse, acababa Claudio Bernard de abrir hondo surco en la Biología.

Trasladad esto mismo a nuestra esfera, y comprenderéis que no es lo urgente comprar aparatos para nuestras escuelas, sino poner a todos nuestros maestros en situación de manejarlos, con una educación sobria, pero verdadera, práctica, realista, en vez del ridículo aprendizaje de la Física, de la Química y de las Ciencias Naturales, verbal y de memoria. Si el instrumento se adquiere precipitadamente, quiero decir, sin dar antes al obrero condiciones— y son muchas las que necesita—para poder utilizarlo con fruto, sucederá por necesidad lo que todos sabéis viene ocurriendo. O el instrumento se descompone a la primera ocasión, y arrumbado queda eternamente, como tanta máquina agrícola ha quedado en nuestros eriales sin cultivo, o inmaculado seguirá reluciendo, como mero objeto de adorno, en la vitrina. El material es necesario; pero hay que preparar el terreno para que fructifique, hay que atender al obrero antes que a la máquina, si no queremos que, de las mejores intenciones, del móvil más puro, por falta de oportunidad, puedan engendrarse, como se engendrarán de cierto, el escepticismo y el descrédito.

*
* *

Biblioteca Nacional de España

Y ahora digo más, viniendo a mi segunda afirmación. No es lo que importa que el material sea poco o mucho, pobre o rico, grande o pequeño: lo que interesa es que sea *adecuado* a aquella obra de la educación, *activa, forjadora,* en el sentido en que al comenzar os hablaba; y por *adecuado,* en este respecto, entiendo *vivo;* y vivo quiere decir, por lo que hace a la escuela primaria, fabricado en ella, como obra del trabajo común de maestro y discípulos.

Los dos términos del conocer han tenido su característica significación en la metodología pedagógica. Al objeto han correspondido la intuición, las lecciones de cosas, la preocupación por el material de enseñanza; al sujeto corresponde ahora el esfuerzo y trabajos personales, los métodos activos y *heurísticos.* Al niño, en su educación intelectual, hay que hacerle investigar y descubrir lo ya descubierto, para que más tarde, en su día, investigando por sí, pueda encontrar, con verdadera originalidad, lo que aún no se sabe.

El primer material de enseñanza, el adecuado en todo caso, el que está siempre vivo, el que no se agota jamás, es la realidad misma, que generosamente se nos ofrece. Pero hay que saber buscarla, hay que aprender a verla, y este aprendizaje, ni es corto ni es barato. El material se nos da de balde, pero hay que gastar muchos esfuerzos para llegar a su interpretación legítima y a su utilización metódica. La humanidad

Biblioteca Nacional de España

ha contemplado la Tierra, los demás astros y sus movimientos durante siglos y siglos, antes de darse cuenta exacta de las verdaderas relaciones que los unen. Luciendo siguen, iluminada continúa la Tierra, gratuíto material nos ofrecen para la enseñanza; y, ¿habrá, sin embargo, entre vosotros quien desconozca que son pocos los escogidos que saben utilizar discreta y racionalmente material tan asequible a todo el mundo, para despertar en el niño los problemas de la cosmografía y conducirlo gradualmente al través de las fases por que la humanidad ha pasado en su contemplación del Universo? ¿No veis claramente que no es lo primero el material, sino el espíritu del maestro que ha de vivificarlo, y que el cultivo de ese espíritu, la preparación de tales fuerzas, es lo que está reclamando, antes que nada, todo el ardiente interés, todo el dinero de que podamos disponer a manos llenas?

*
* *

Y si esto ocurre con el material, que podríamos llamar, además de gratuíto, espontáneo, ¿qué no pasará cuando se trata de aparatos o de representaciones gráficas? Toda máquina sólo es viva, en primer término, para el que la concibe. Si lo ha de ser para los demás, necesítase recorrer, abreviadamente, las fases de su proceso constructivo. Y para ello no hay como construírla. Tomemos

Biblioteca Nacional de España

uno de los aparatos más sencillos y usuales, por ejemplo, el termómetro. Yo creo que hace falta un termómetro en toda escuela primaria; pero si me preguntáis cuándo hace falta, os diré que no lo adquiráis jamás hasta haberlo construído en la clase.

Y extended esto a todo género de aparatos: al nivel, al teodolito, al telescopio, a la máquina eléctrica. Os invito a que veáis en su instalación los que el Museo Pedagógico expone, hechos por los alumnos japoneses en la Escuela Normal de Tokio, donde no se otorga el título de maestro sin este requisito. No llegaréis con ellos a la absoluta precisión matemática, no resolveréis nebulosas, ni cargaréis acumuladores; pero veréis producirse la descarga eléctrica, acercaréis los objetos a vuestra vista, y levantaréis, con cierta aproximación, el plano y el relieve de un campo. Y, sobre todo, y esto es lo más importante para el niño en la escuela primaria, al construírlos les habrá quitado el misterio, habrá intimado con ellos, penetrando las leyes naturales que demuestran; habrá, no *aprendido,* sino *hecho,* fabricado y adquirido la potencia de seguir fabricando. He aquí uno de los grandes principios restaurados por la educación contemporánea: el aprendizaje por la acción, el *learning by doing* del pueblo americano.

Inútil me parece detenerme a señalar la trascendencia de este proceso para el verdaderamente realista el sustancioso trabajo manual educativo,

Biblioteca Nacional de España

frente al ñoño, insustancial y rutinario que empieza a invadirnos. ¿Qué material, por tanto, pediría yo para la escuela primaria? Restos de tablas, alambres, cartón, tubos de vidrio, botellas vacías, tapones de corcho, cajas de lata. ¿Hay nada más barato? No se regocijen, sin embargo, los administradores. Yo no vengo aquí a ponderar el poco precio de la mercancía que ofrezco, ni a ahorrarles dinero, sino a decir cuál es, a mi entender, el modo legítimo y fructuoso de gastarlo. Sí; vivificar, hacer servir esos restos inútiles es infinitamente más caro y más difícil que comprar los mejores instrumentos fabricados; pues, para lograrlo, no sólo hay que gastar siempre, día tras día, en formar al maestro, a fin de que sepa hacerlo, sino que hay que gastar, a la vez, en darle condiciones racionales, desde las económicas hasta las pedagógicas, no ya para que quiera, sino para que pueda buenamente hacerlo. Porque labor tan delicada, si es la única salvadora, no es fácil realizarla en la servidumbre de todos los órdenes en que vive el maestro, ni con ese absurdo régimen mecánico y gregario de nuestras escuelas.

*
* *

Y por si os pareciese demasiado sutil hablar de aparatos de Física en nuestra misérrima enseñanza primaria, acabaré este punto descendien-

Biblioteca Nacional de España

do a lo que en el uso común se considera como el material más indispensable, después de la tinta y el papel, del tan innecesario como clásico tablero contador y de las, por desgracia, menos bellas que *pintorescas* láminas de Historia Sagrada. Quiero hablar de los mapas. ¿Hay escuela, por mediana que sea, que, cuando no los tiene ya, no aspire a tenerlos? Pues yo pienso, no sólo que son innecesarios, sino grandemente nocivos para comenzar, como se hace, por ellos, la enseñanza de la Geografía. Notad que digo *para la enseñanza,* esto es, para el proceso pedagógico, que trata de despertar en el niño ideas reales sobre la Tierra y sobre la riqueza de su contenido.

Y la razón es obvia. Si tratamos de conocer la Tierra esta que pisamos y en la que vivimos, ¿a qué comenzar mostrando al niño su pretendida imagen, más o menos—siempre menos que más—perfecta, si tenemos la Tierra misma continuamente a nuestra vista? ¿No comprendéis que semejante camino conduce a esa tremenda perturbación que se produce en el espíritu del alumno, el cual llega a creer—como cada uno, si vuelve atrás la vista, puede comprobar en sí mismo—que la Geografía es el estudio de los mapas, los cuales representan la Tierra, sí, pero una Tierra que no sabe él a punto fijo, juzgando por su imagen, lo que sea, ni qué relación tenga con nosotros; cuando lo que importa es hacerle ver, una y mil veces— mil veces digo, porque mil harán falta,

Biblioteca Nacional de España

aunque pueda parecer extraño, tratándose de cosa, a primera vista, tan sencilla, a los que no tienen costumbre de enseñar a los niños—, hacerles ver, repito, mirando a la Tierra, que aquella de que se habla en la Geografía y la que debemos estudiar es esta misma por donde caminamos todos los días, por donde marcha el tren, por donde corre el río, donde crecen los árboles, donde está su pueblo, la misma que labran sus padres y en donde ellos juegan? Y esto no es mío, no es original, no tiene siquiera el mérito de la novedad; es ya muy viejo. Emilio aprende la Geografía sin mapas. "Buscáis globos, esferas, cartas geográficas. ¡Cuánto embeleco!", dice Rousseau. "¿Por qué no empezáis por mostrarle el objeto mismo?"

Considerad cuánta ha sido la geografía y cuántos los geógrafos que ha habido en el mundo antes de haber mapas, y comprenderéis que si el niño ha de poder *hacer Geografía,* que no consiste en saber la descripción de la Tierra, sino en *poder describirla,* que es cosa muy distinta, tiene que proceder en su comarca, más o menos intensamente, con mayor o menor contenido, que esto es mera cuestión de tacto pedagógico, como procede el geógrafo, el verdadero geógrafo, no el que escribe los libros de texto, sino el que recorre el país, lo estudia, lo describe y levanta su carta. Más Geografía sabe el que solamente sabe orientarse —que al fin orientación es el término primordial para el conocimiento y descripción de la Tierra—

Biblioteca Nacional de España

que el que, sin saber esto, señala fácilmente en el mapa mares, ríos, montes y ciudades.

Y ahora añadiré que, sin esa previa descripción de la cuenca local en que se vive, somos incapaces de llegar al conocimiento geográfico de las demás regiones que no vemos. ¿No habéis oído referir nunca el asombro que los mujiks de la inmensa estepa rusa experimentan a la vista del Cáucaso? Gracias al estudio que tan espontánea como inconscientemente y a pesar de la escuela, todos realizamos, por el río y los cerros de nuestro pueblo, llegamos a conocer el Nilo y el Himalaya. Y sin el relieve de nuestra comarca, su clima, sus rocas, sus árboles, sus animales, sus paisajes, sus habitantes, sus cultivos, sus pueblos, sus caminos, sus talleres, sus tiendas, sus costumbres, sus autoridades, sus fiestas religiosas, sus diversiones, sus monumentos, sus cantares, sus ferias, sus posadas, sus comidas, sus trajes, su civilización, en suma, nos sería imposible representarnos el resto de la tierra, con la vida y la infinita riqueza que en ella se produce. Ya veis si hay tarea geográfica que realizar antes de ver los mapas.

Pero éstos, me diréis, son, al fin, imagen y representación para conocer la Tierra que no podemos ver directamente. No; son otra cosa muy distinta. Imágenes son las fotografías de campos y ciudades, de gentes y sus diversas industrias. Inundad las escuelas de estas fotografías; adquirid aparatos de proyecciones luminosas, y habréis he-

Biblioteca Nacional de España

cho el mayor bien posible, por lo que toca al material geográfico en la escuela primaria. Pero el mapa no es imagen; es un signo, tan abstracto y convencional para el niño como las letras en el alfabeto fonético, y absolutamente cerrado y misterioso, como todo signo, para el que desconoce su correspondencia con lo significado. ¿Qué tienen que ver los puntos y las rayas con los pueblos, los ríos y los montes? ¿Los colores, con las divisiones económicas, políticas y administrativas? Para comprenderlo, no hay más camino que el de hacer el mapa. El primer mapa que debe ver y manejar todo niño es el que él mismo construya, porque es el único que le pone en condiciones de entender los restantes.

No me detendré a explicar cómo esto puede y debe hacerse, partiendo del relieve, que ha de ser el comienzo de la cartografía para el niño, porque no es éste un curso de enseñanza de la Geografía; pero, como veis, para cultivar esta ciencia en la escuela no es lo primero, ni lo más indispensable, adquirir mapas, sino dar abundantes condiciones al maestro para que haga observar, describir y representar la Tierra a sus alumnos.

Permitidme ahora un recuerdo personal para cerrar este punto. Hace años, en uno de mis viajes, tuve la fortuna de tratar en Londres a un ilustre emigrado español, hombre todo corazón, ánimo entusiasta, gran revolucionario. Hablamos

Biblioteca Nacional de España

de enseñanza, y él, aleccionado por el espectáculo de pueblos más cultos, e impresionado por la riqueza de medios, por la esplendidez de elementos de las Universidades y escuelas en Francia e Inglaterra, creyendo sinceramente que aquél debiera ser el comienzo y no el fin de la obra, y anhelando para su país condiciones análogas, díjome en un ingenuo y generoso arranque, fiel expresión del común y bien intencionado, aunque superficial sentir, en este punto:

—Cuando triunfe y vuelva al Gobierno, yo dedicaré la lista civil del presupuesto a material de enseñanza.

—Más valdrá—hube de contestarle—que lo dedique usted a los maestros.

Y esto os repito ahora. No gastéis en material de enseñanza mientras no hayáis gastado sin límite en los maestros; que ellos pueden y deben ser la fuente viva de todo material educativo.

Biblioteca Nacional de España

III

Vengamos a la escuela. En ella, aunque más brevemente, no os hablaré de uno, sino de dos fetichismos muy en boga. El primero toca a su construcción; el segundo, a la vida que en ella debe hacerse.

Se sueña con monumentos escolares; y yo creo, por el contrario, que el ideal está en acercarse cuanto sea posible a lo que Rousseau decía: "La mejor escuela es la sombra de un árbol." La frase es menos paradójica de lo que parece, si se considera que el ideal de toda vivienda, ahora como nunca, consiste en conservar en su mayor pureza y adaptabilidad al organismo los dos agentes naturales más necesarios para una vida sana: la luz y el aire libre. Y ¿cómo puede esto conseguirse, sino en medio de la naturaleza, en pleno campo?

Admitamos, sin embargo, para no escandalizar demasiado, que la escuela es una casa. Pero toda casa, desde la más pobre a la más rica, desde la choza al palacio, se ha inventado sólo para mitigar los rigores del clima, para librarse de la intemperie. Así vemos que la vida humana se ha

Biblioteca Nacional de España

desarrollado con preferencia en las zonas templadas y en los grandes valles. Por tanto, el ideal de la vivienda consiste en suavizar aquellas asperezas, pero sin menoscabo de la luz y del aire: es decir, como veis, en *ponernos a la sombra del árbol.*

Ideales históricos y condiciones de civilización han influído diversamente, como sabéis, en este punto. Enfermedades son, "abismos de la especie humana", las grandes ciudades, los inmensos talleres; mas, por fortuna, la humanidad marcha, hoy más veloz que antes, hacia el aire y la luz. Así lo prueba todo, desde la supresión de las lóbregas alcobas de nuestros abuelos, hasta el trabajar y el dormir, día y noche, como hoy se recomienda, a sanos y enfermos, con la ventana abierta; desde el enorme desarrollo en nuestro tiempo de la vida del campo, hasta la continua preocupación del arquitecto por la orientación, la cubicación, la ventilación, la calefacción, el saneamiento y la iluminación de la casa; problemas todos pendientes de la luz, del calor y del aire.

Transportad esto a la escuela, donde no ya pocas personas, como en la casa, sino, por desgracia, muchos, muchísimos niños, han de vivir juntos durante todo el día, y veréis cómo la primera condición para suministrarles la luz y el aire convenientes, si los queréis tener sanos, no es un monumento, sino un campo. Escuela no ya sin patio, que más parece pozo, como hay muchas, ni sin

Biblioteca Nacional de España

raquítico jardín, que ni aun para alegrar la vista de los transeúntes sirve, sino sin campo escolar, sin verdadero campo, no es escuela sana. Con razón se ha dicho que, en este respecto, son muy superiores a la mayoría de los nuevos edificios, con sólo acondicionarlos medianamente, los antiguos pórticos de las iglesias rurales, donde todavía se da escuela en algunas apartadas comarcas. Peor come el pobre niño de aldea que el rico burgués de la ciudad; menos se cuida su persona que éste. Y ¿de dónde saca la superioridad de su robustez sobre la anemia ciudadana? Pura y exclusivamente de la luz, del aire, del trabajo rural, del sano excitante estímulo muscular que el campo proporciona.

Al construír una escuela, pensad lo primero en el campo escolar. Si el terreno es caro, llevad la mayor parte de aquéllas a la periferia; haced que sean la última casa de la ciudad y la primera del campo y gastad en conducir a ellas los niños, si fuera preciso, como ciudades del extranjero, semejantes a la vuestra, hacen ya en casos análogos. Para las que sea absolutamente necesario instalar en el centro, gastad sin duelo en el solar, haciéndoos cuenta que tenéis un hijo enfermo, a quien debéis atender más que a los sanos. Y en unas como en otras, ahorrad en la construcción monumental y sed espléndidos en el campo.

*
* *

Biblioteca Nacional de España

Si esto manda la Higiene, ¡cuánto no podrá decirse de la Pedagogía! No quiero hablar de las infinitas ventajas que el campo escolar ofrece para la educación. Por no fatigaros, citaré un solo punto, el de mayor trascendencia, a mi juicio, que es el del juego.

Todo trabajo sano pide una alternativa de *recreo*, y las fuerzas del niño no se vuelven a crear, no se *recrean* más que jugando. El campo se necesita, pues, no sólo para jugar, sino para poder trabajar sanamente. Sea o no exacto el hondo pensamiento de Kant y de Schiller de que el juego es el origen del arte, lo cierto es que toda verdadera educación ha de impulsar las fuerzas creadoras, y el niño no crea, es decir, no es artista sino cuando juega. El juego es la única esfera de sus creaciones. De donde el penetrante sentido de Froebel, al basar en el juego toda la educación de la primera infancia. Pero en el juego libre, creador, espontáneo; no en esa apariencia de juegos impuestos, tontos, mecánicos, rutinarios, rebosantes de aburrimiento para maestros y para niños, en que por todas partes suele degenerar malamente el froebelianismo.

Y el juego no acaba, por fortuna, con la infancia. De representativo y dramático, conviértese en atlético para el adolescente; y da alegría a su espíritu, fortaleza al cuerpo, serenidad al ánimo, vigor al carácter. El nos enseña, como ningún otro maestro, a medir nuestras fuerzas y nos pre-

Biblioteca Nacional de España

para discretamente a las relaciones y luchas sociales. En él aprendemos la destreza en la lid, la modestia en la victoria, la tranquila cortesía en la derrota, la inhibición, el dominio sobre nosotros mismos, el buen humor constante— el mejor signo de la plena salud de cuerpo y alma.

El es la salvaguardia más segura contra los elementos morbosos de las edades pasionales; y él, sobre todo esto, nos disciplina, nos pone en nuestro sitio, enseñándonos que allí, pequeño o grande, hay que cumplir el deber, pues de él pende la común obra social del partido. El mayor bien, éste, que podría prestar la educación por el juego atlético a nuestro atomístico, insolidario y anárquico carácter.

Y dichosos los pueblos en que, no ya sus adolescentes, sino sus hombres viriles, de todas las clases sociales, continúan jugando porque el juego es arte y placer estético, y la humanidad, es bien sabido, diga lo que diga Spencer, que necesita, antes que comer, divertirse. "Si el pueblo no se divierte sana y honradamente—ha dicho doña Concepción Arenal—se divertirá de otro modo; pero se divertirá a toda costa. Buscadle, pues, diversiones honradas."

El juego educó a Grecia en la antigüedad, y a Inglaterra en nuestros días; los dos más altos ejemplares de juventud saludable y vigorosa que toman, en este punto, por ideal los demás pueblos. "Aquí—decía Wellington, ya anciano, contemplan-

Biblioteca Nacional de España

do las praderas de juego del colegio de Eton—, aquí se ha ganado la batalla de Waterloo." Y yo, en este pueblo, en este país vasco, donde más que en ningún otro punto de España se ha conservado el juego entre todas las clases sociales, el juego sano y noble, el juego corporal al aire libre; donde hasta hace poco tiempo, según creo, se veía jugar al alcalde y al médico, al juez y al sacerdote, yo os digo: restaurad vuestros juegos, que van a morir, como muere toda función social cuando cae en exclusivas manos profesionales; y para restaurarlos, enseñad a jugar a vuestros hijos; que más cuesta—y os lo aseguro por dolorosa experiencia—enseñar a jugar (a jugar de veras, que es cosa muy diversa de juguetear y divagar) que a estudiar a los niños españoles. No hagáis una escuela sin campo de juego.

*
* *

Y ¿cómo será la casa de la escuela? Como debe ser toda construcción racional. Como ha sido la arquitectura de los dos momentos capitales en la historia del arte occidental: el griego de Pericles y el cristiano del siglo XIII; sincera y económica. De estos dos elementos, bien manejados—y esa es la función del arquitecto—, brotará el estético; que ni la simple monumentalidad, ni la mera riqueza de los materiales, por sí mismos, dan be-

Biblioteca Nacional de España

lleza. De la economía no hay que hablar. Se impone como ley necesaria de racionalidad en toda obra humana. Desde la formación de las lenguas hasta los contrafuertes, botareles y pináculos, en que nuestros abuelos veían un reflejo de la oración subiendo al infinito, o una imagen de la selva germánica, el espíritu ha procedido y sigue procediendo rigurosamente según ley económica, y se ha escapado, y se escapa, y se escapará siempre, como los ríos, por la línea de menor resistencia. ¿No sería absurdo quebrantar esta ley en la escuela pública, donde, por naturaleza y destino, con más severidad debe guardarse?

La sinceridad pende, por una parte, del modo de usar los materiales y del empleo de las fuerzas constructivas; y, de otro lado, que es el que nos importa, de la concepción del plan, que, para ser sincero, ha de partir de dentro afuera, como un organismo, y no de fuera adentro, que es como suele hacerse. La fachada ha de ser para la casa y no la casa para la fachada. La casa ha de construírse para el habitante y de acuerdo con lo que en ella haya de hacerse. He aquí por qué es necesario, antes de edificar la escuela, determinar bien la clase y el régimen de la enseñanza que en ella va a darse; y esto no es asunto que pueda decidir la autoridad administrativa, ni el arquitecto, ni el médico higienista—las tres etapas que ha atravesado la construcción escolar hasta ahora—, sino el técnico de la educación, el pedagogo. Y si la Peda-

Biblioteca Nacional de España

gogía dice que las escuelas han de ser graduadas dondequiera que se cuenta con más de un maestro, como lo son hace medio siglo en las naciones civilizadas, menos en nuestra patria, y que los grupos han de ser homogéneos y poco numerosos, huelgan los inmensos salones, porque tienen que desaparecer los rebaños de niños, e impónese la necesidad de gastar en abundancia de maestros, para la ordenada división y subdivisión de las clases, antes que en ricas y suntuosas escuelas; pues importan más para la educación del porvenir las pequeñas secciones graduadas de niños, con su profesor cada una, en pleno campo, que los montones de cien y doscientas criaturas de todas edades y condiciones, con un solo maestro, aunque tuvieran por clase el salón del trono del Palacio de Oriente.

*
* *

Enlazado con el de la construcción, hay todavía un segundo fetichismo, dije, referente al concepto y la vida de la escuela. ¿Para qué es la clase? ¿Qué debe hacerse dentro de ella? La clase lo es todo en nuestra primera enseñanza, y dentro de sus cuatro paredes ha de aprender el niño todo lo cognoscible. Ocho, nueve, diez años, asistirá a la escuela primaria un alumno, desde los tres, como párvulo, hasta los doce o los trece;

Biblioteca Nacional de España

y día tras día, semana tras semana, en la clase habrá entrado y salido a la misma hora, mañana y tarde, y allí habrá leído y escrito, oído y recitado, aprendido bien o mal, pero siempre dentro de clase, lo que haya aprendido. Este es el fetichismo.

Y, sin embargo, espíritus esclarecidos nos han dicho ya que si la escuela ha de cumplir su misión, tiene que ser imagen de la vida, y no representar para el niño otra cosa que lo que representa el gabinete de trabajo para el hombre. Y ¿dónde trabajan, el ingeniero, sino en la fábrica; el naturalista, sino en el campo; el médico, en los hospitales; el juez, en el tribunal; el sacerdote, en su cura de almas; el arqueólogo, en sus monumentos; el historiador, en el Archivo; el novelista, en el salón o en la taberna? Y ¿qué hacen, luego, en su gabinete, sino rumiar, clasificar, compulsar, ordenar, publicar lo que a la vista de la realidad han aprendido? Rompamos, pues, los muros de la clase. Llevemos al niño al campo, al taller, al museo, como tanto y tan sanamente se ha predicado ya; enseñémosle en la realidad antes que en los libros; éntre en la clase sólo para reflexionar y para escribir lo que en su espíritu permanezca o en él haya brotado; trazando así, espontánea y naturalmente, el único libro de texto que ha de estar a su alcance. ¿Qué hace falta para poder realizar esta escuela, imagen de la vida? Todos lo comprendéis: hacen falta maestros.

Biblioteca Nacional de España

A ellos hay que atender antes que al edificio escolar, como antes que al material de enseñanza. Concluyo, pues, como allí terminaba: formad maestros; aumentad los maestros; gastad, gastad en los maestros.

Y como estoy seguro, y es natural que así suceda, de que muchos hallarán exagerada, cuando no extravagante, esta obsesión que me embarga en favor del maestro, me conviene advertir que en el país en que, con sin igual esplendidez, se ha gastado en la enseñanza; en el pueblo que ha dado, desde que nació, y sigue dando, el más alto ejemplo de prodigalidad que registra la Historia, con sus donaciones públicas y privadas en favor de la educación; en los Estados Unidos lánzanse, a la hora presente, protestas, quejas amargas de que el dinero de la nación y el de los archimillonarios; los millones de dólares de los Peabody, Vanderbilt, Carnegie, Rockfeller y Morgan, sean, principalmente, para lo más externo, para aquello que, por entrar antes por los ojos, con mayor facilidad puede verse: edificios, moblaje, material de enseñanza; y no para la mejora y creación del personal docente. Ya veis que no estoy solo, y que allí donde menos pudiera esperarse, levántanse también voces de alarma. Y es porque comienza a penetrar en los espíritus la idea de que la escuela, como la universidad y toda clase de centros de enseñanza, no son un mecanismo de piedra, hierro y ladrillo, ni siquiera de libros y

Biblioteca Nacional de España

aparatos, sino una institución, esto es, una función social, desempeñada y representada por personas de las que en todo caso, y sólo de ellas, hay que esperar su salvación o su ruina.

Biblioteca Nacional de España

IV

Hablemos, pues, para terminar, de las personas.

También acerca del maestro conviene combatir un fetichismo. Consiste en creer, como cree la generalidad, que hay categorías en la función educadora; que hay una jerarquía docente que va aneja al cargo; que hay, en suma, varias Pedagogías, una superior y otra inferior, cuando no también otra intermedia.

No voy a negar, como comprendéis, que existe semejante serie gradual en nuestro organismo administrativo y en el de todo el mundo; lo que niego rotundamente es el valor de aquel prejuicio que en la conciencia social hoy, históricamente, está arraigado, y de donde procede esa uniforme común organización del Cuerpo docente, a saber: que para la función del maestro de escuela, basta una formación pedagógica elemental o inferior; mientras que a la esfera universitaria corresponde, por necesidad, una Pedagogía superior, de orden más elevado. Notad bien que digo *formación pedagógica,* con lo que entiendo referirme puramente

Biblioteca Nacional de España

al elemento profesional, al que corresponde sólo y exclusivamente al maestro y al profesor, como órganos de la función pedagógica; no hablo, por tanto, de mera cantidad de saber ni de cultura. Y, en aquel respecto, quiero decir, en el de educador, ¿qué más ni qué otra cosa, en lo esencial, en lo permanente de su función, corresponde hacer al solemne catedrático de universidad, que no corresponda igualmente a la humilde maestra de párvulos? Pues qué, ¿cambian, por ventura, en algo que sea sustancial de uno a otro grado, ni el sujeto, ni el objeto, ni el fin de la educación, ni, por consiguiente, el valor y la trascendencia de la obra educadora? ¿No es el mismo hijo, todo él, de una vez, íntegramente—que no parte distinta, inferior o superior en cada caso—lo que confiamos, así a la universidad como a la escuela? ¿No exigimos de ambas idéntico interés y tacto pedagógico, y no pedimos, a una como a otra, que nos devuelvan al hombre sano, inteligente, honrado, laborioso, apto para la lucha de la vida, accesible a todo noble ideal? Si en la edad del alumno, que es lo único que cambia, hubiera de fundarse el pretendido orden jerárquico de la función docente, iríamos al absurdo, que todos rechazaréis, de considerar al médico de niños inferior al de adultos.

No comparéis al catedrático y al maestro de escuela con el ingeniero y el sobrestante, o con el arquitecto y el maestro de obras; porque no exis-

Biblioteca Nacional de España

te analogía entre unos y otros. El sobrestante, el maestro de obras, el contramaestre, son etapas subalternas, grados inferiores, suspensiones, tal vez, de desarrollo en un proceso que conduce, como último término, al ingeniero y al arquitecto. No cumplen aquéllos función independiente; son simples órganos preparadores, ordenadores, ejecutores, meros cumplidores, en suma, de aquel particular fin que en el total de la obra tienen asignado; y subordinados quedan, por tanto, al creador y director de la obra entera ingenieril o arquitectónica. Pero el maestro de párvulos realiza una función tan sustantiva como el catedrático: porque tiene encomendada y ejecuta, al igual que éste, no una parte, sino toda la obra educadora, en uno de los momentos de su proceso evolutivo. Comparadlos, pues, si queréis con el labrador que cuida el vivero y con el que atiende a los árboles hechos, y veréis que no existe aquí tampoco, no puede existir, esa pretendida subordinación ni orden jerárquico entre los distintos períodos de la obra educadora.

*
* *

Ya sé yo bien, como dije antes, que semejante subordinación existe, por desgracia, en la conciencia social y en la vida. Razones hay que la explican, aunque ninguna la justifique. Y la pri-

Biblioteca Nacional de España

mera de todas consiste en los humildes orígenes de la enseñanza elemental, nacida al calor de la caridad y la beneficencia, así como en la confusión que se establece entre el modesto exiguo saber que necesariamente la acompaña y las condiciones que ha de tener el maestro primario. El organismo de la enseñanza procede de un origen oligárquico, como probablemente proceden los demás organismos. El primer grado que en nuestra moderna sociedad cristiana se organiza con independencia, corporativamente, es el superior. Al alborear el siglo XIII, maestros o alumnos, reunidos en corporación, crean la Universidad, como uno de tantos gremios. En el renacimiento, y en señal de protesta del nuevo espíritu contra el viejo escolasticismo, aparecen, desprendiéndose de la Facultad de Artes, los Estudios de Humanidades, origen, luego, de la segunda enseñanza. Y sólo al finalizar el siglo XVIII, organizóse como función pública y sustantiva, no ya meramente caritativa y benéfica, la primera enseñanza. El proceso es lógico. Condénsase, ante todo, el núcleo de saber aristocrático, el menos numeroso y el más intenso. El saber, patrimonio, al principio, del menor número, desciende luego al resto de los hombres, y fúndase la jerarquía de la enseñanza, como es natural, sobre la base de la cantidad del conocimiento en cada grado. Establécese que todo el mundo tiene el derecho y el deber de instruírse. Siémbranse las escuelas. Necesítanse maes-

Biblioteca Nacional de España

tros; y como, para enseñar poco, es lo más fácil, sea o no exacto, pensar que no hace falta saber mucho y los recursos económicos faltan, quiero decir, la sociedad no advierte, no siente que sean necesarios para tales fines, nace el maestro de escuela al nivel de la última clase de jornaleros y con la inferioridad y desconsideración consiguientes en una sociedad como la nuestra.

A este rebajamiento, en relación a otros grados de la enseñanza, ha contribuído, además, la funesta arbitraria escisión establecida por la pedagogía romana entre la educación, propia del pedagogo, y la enseñanza, que toca al profesor. *Instituit paedagogus,* dice Varron, *docet magister.* Semejante prejuicio impera todavía, y no es extraño oír a diario, con esa fuerza dogmática que adquiere todas las fórmulas simplistas: "al niño se le educa, al joven se le instruye, al hombre se le enseña", cuando, aun en espíritus tan superiores como Paulsen, tiene también su clara resonancia. La educación, en tal sentido, es cosa algo inferior, que corresponde sólo, de un lado, al niño, y de otro, al pedagogo; es decir, al esclavo en la antigüedad; entre nosotros, al maestro de escuela.

*
* *

Posición del problema hay más moderna, que deprime igualmente el maestro. La de aquellos

Biblioteca Nacional de España

que piensan que la enseñanza, como la educación, son funciones de todos los períodos de la vida, y que educar deben, a la vez que enseñar, todos los maestros, desde el de párvulos hasta el catedrático. Pero tienen un concepto mecánico de la educación, y es el reinante, que consiste en considerar al niño como un bloque, al cual hay que desbastar y dar forma. Así, para los primeros momentos, basta un cantero; luego viene el esbozador, que saca de puntos, y, finalmente, queda al escultor el perfeccionamiento de la obra, la tarea más fina y delicada. Ya comprenderéis, en el orden de la educación, quién es el cantero.

Este absurdo criterio invade toda la vida. Por él confiamos nuestros hijos, en sus primeros años, que son los más críticos, a la criada más joven e inútil, a la última en el servicio doméstico; por él buscamos, para iniciarles en el conocimiento y en la vida, que es la labor más trascendental y difícil, a los maestros más baratos, que es sinónimo de los más ignorantes; por él nos contentamos, para el maestro de párvulos y para el elemental, con una ínfima preparación rudimentaria; por él amontonamos en nuestras escuelas, a modo de rebaños, niños y más niños. Todo por este perturbador prurito intelectualista de la cantidad de saber, que nos envenena; olvidando que no estriba en la *cantidad*, sino en la *cualidad*, toda la eficacia de la obra educadora; y que no es un muerto bloque de piedra

Biblioteca Nacional de España

lo que se nos entrega, sino un ser vivo, activo, cuyos primeros momentos de desarrollo son los más difíciles, los que exigen más tacto, más delicadeza, más prudencia, más saber, sí; no de gramática, ni de aritmética, ni de lenguas sabias, ni de alta metafísica, ni de reconditeces eruditas; más saber profesional pedagógico, porque de los estímulos que el niño recibe, del ambiente que entonces respira, pende su porvenir y el de su pueblo.

Cuando de esto nos convenzamos, cuando nos hagamos íntimos de este sentido y lleguen tales verdades a la conciencia universal, miraremos con asombro lo que hoy, salvo consoladores, aunque débiles y esporádicos signos de protesta, hace, por lo que toca a este punto, la humanidad en todas partes. Entonces, persuadidos de que el proceso educativo exige la mayor atención individual en sus comienzos, entregaremos muy pequeños grupos de niños a las escuelas de párvulos y a las elementales; enviaremos, como misioneros de la educación, los mejores maestros donde son más necesarios, a las escuelas rurales, donde hay menos recursos de cultura, y desaparecerá la jerarquía docente, porque daremos a todo el profesorado, no la misma cantidad de instrucción, pero sí la misma superioridad en aquella que le haga falta; y le retribuiremos igualmente, y gastaremos en ello, yo os lo aseguro, cuanto se necesite; que los pueblos no dejan de

Biblioteca Nacional de España

gastar por no tener recursos, sino cuando no sienten la necesidad de gastar, cuando no están convencidos de la bondad del gasto.

No importa ahora, ni sería ésta la ocasión de deciros cómo ha de hacerse tal preparación superior de todo el magisterio. Por de pronto, la medicina nos ha enseñado el camino, nos ha dado la fórmula. Suprimió los médicos y los cirujanos "de segunda clase". Hagamos lo mismo. Demos a todos los maestros una misma educación profesional, dentro o fuera de la universidad, pero universitaria, como en algunos países, Alemania y Estados Unidos, sobre todo, comienza ya a hacerse. Y mientras esto no suceda, mientras no dignifiquemos la profesión y desaparezcan las categorías del profesorado, que imponen al maestro primario una *capitis diminutio* y lo condenan a servidumbre de cuerpo y de espíritu, no tendremos verdaderas escuelas, ni conoceremos el país ni la humanidad que todos anhelamos.

Siento la íntima convicción, y debo declararla, de que así como el pueblo ha ganado en absoluto desde la época de las revoluciones el derecho a instruírse, y por todas partes se infiltra el admirable ideal de Norte América, que consiste en ofrecer a todo ciudadano las mismas posibilidades para el éxito, así llegará un día en que el pueblo se harte de maestros de segunda clase y pida y obtenga, para los de las escuelas en que él ha de educarse,

Biblioteca Nacional de España

aquella superioridad de formación, suprema garantía de la bondad de la obra.

Como veis, todo me conduce a daros el mismo consejo. Anticipaos al porvenir. Formad superiormente al profesorado de vuestras escuelas. Gastad, gastad en los maestros.

Biblioteca Nacional de España

V

A ellos quisiera dirigir ahora, antes de terminar, un especial saludo, por ser ellos la parte de este público con la que tengo, por nuestra común profesión, mayor suma de intereses simpáticos. Y no encuentro en mi repertorio cosa mejor que dedicarles que la última observación pedagógica, la más fresca y lozana que poseo, brotada recientemente al soplo de la realidad y de la vida.

Pocos días hace, viniendo a Bilbao, atormentábame yo buscando lo que podría deciros de más utilidad en esta noche. Abrí al acaso un libro. Era una novela inglesa, que leí de estudiante y había olvidado, y que todos conocéis seguramente: *Los días penosos*. Recorrí los primeros capítulos, y al acabar, sugestionado por el intenso vigor, por el penetrante perfume, por la divina sencillez con que allí se trata el hondo problema de la educación de la realidad ideal y de la fantasía creadora, frente a la educación material de los *hechos*, me preguntaba si no eran ya excusadas mis preocupaciones; y si lo más sincero, lo

Biblioteca Nacional de España

más ingenuo, lo más discreto para estimular vuestro interés educador y vuestro pensamiento, no sería leeros clara y reposadamente aquel poético trozo de Dickens. Tan profunda impresión hizo en mi espíritu.

En el mismo vagón que yo viajaba venía una madre con dos hijos pequeños. Como todos los niños que están sanos, activos, inquietos, ansiosos, anhelantes por descubrir el mundo y metérselo dentro. Disputábanse la ventanilla de continuo para mirar el campo; y la madre, impaciente, los sentaba.

—Pero ¿qué hay que ver, que miráis con tanto afán?—les increpó, violenta.

—Flores—contestó con cándida naturalidad uno de ellos.

Y la madre, entonces, con esa estúpida irritación en que estalla contra lo que le molesta el brutal egoísmo, cuando ya no tiene nada razonable que decir, replicó desabrida:

—¡Flores, flores!... ¿De qué os sirve mirarlas? ¡Si pudierais cogerlas!

Considerad ahora cuántas cosas, inconscientemente, mataba en germen esta pobre madre en sus hijos. La celeste curiosidad, origen de todo saber; el pensar racional, el sano amor a la naturaleza y a lo bello, el noble desinterés, sobre todo; y decidme si no tenía yo motivo para pensar entonces que Julio Simón acierta cuando dice, no recuerdo bien dónde, que todos los niños nacen

Biblioteca Nacional de España

listos e inteligentes, hasta que, entre la madre y el maestro, se encargan de volverlos inbéciles.

De estos dos hechos, el de la novela y el de la madre, se ha engendrado en mi espíritu lo que quiero deciros: que la poesía y la realidad son las fuentes más puras de toda inspiración educadora. Si buscáis orientaciones humanas; si deseáis aprender verdadera ciencia de la educación, observad a vuestro alrededor la vida real, la de todos los días; estudiad a los padres y a los niños; apuntad, comentad, reflexionad sobre los hechos, que ellos os darán la clave de muchos problemas educativos y la más segura norma de vuestra conducta pedagógica.

Y al mismo tiempo leed los capítulos de Dickens, es decir, leed los grandes poetas, sobre todo los universales y humanos, en prosa y en verso; leed a Homero y Platón, Virgilio y Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe..., y leed también los menores, con tal que sean verdaderos poetas. Porque en ellos, además del celestial goce de la belleza, placer de los placeres, animación y alegría de la vida, encontraréis, para vuestra labor cotidiana, lo que no os darán nunca los libros de texto, ni las definiciones y clasificaciones escolásticas, ni los estériles verbalistas formalismos: la visión nítida, cristalina, al través de la creación poética, llena de luz y vida, de todo lo más alto que se ha ideado, lo más hondo que se ha sentido, lo más noble que se ha ejecutado; es decir, de la

Biblioteca Nacional de España

misma *realidad,* otra vez vista por el genio; los frutos más benditos del pensamiento y del amor humanos, estímulos benéficos de vuestra propia actividad, tierras fecundas, donde podréis arrojar, esperanzados del fruto, vuestras íntimas, personales ideas. Sean siempre poesía y realidad el numen inspirador de vuestra obra.

*
* *

Y ahora, mis últimas palabras vayan, como fueron las primeras, al pueblo de Bilbao.

Con razón se dice, y esta es la impresión también que a mí me ha producido, que ningún otro de la Península recuerda tanto, por su estructura y ambiente, las ciudades norteamericanas. La mayoría funda tal semejanza en la fiebre de intereses materiales, en la abundancia de riqueza, en la energía de la raza, en el carácter agresivo que adquiere la lucha, aun en el tipo de producciones de arte. Yo creo que podría añadirse todavía otra nota, común a ambos pueblos, que no he visto indicada: el interés por la educación popular, la íntima fe en el valor de la enseñanza. Y esto me hace sospechar consoladoramente que allá, en el fondo, debe existir también, aunque a primera vista aún no se descubra, otra analogía más universal y de mayor alcance.

Dos influjos han atravesado desde su origen

Biblioteca Nacional de España

y continúan regando la vida de la sociedad norteamericana. Uno, el más visible, por lo exterior y extenso, el utilitario; otro, menos aparente, más íntimo y profundo, altamente idealista, el puritano. La fuerza de este último ha venido a templar y a moderar doquiera los ímpetus salvajes del primero. Del utilitario, huelga buscar ejemplos. El idealista, lo encontraréis en los más genuínos representantes de la civilizacóin de Norte América: en Wáshinton y Jéfferson; en Fránklin y Líncoln, por lo que hace al gobierno y la política; en Emerson, el moralista; en el amplio y generoso sentido religioso de Channing y Parker; en la íntima, delicada y humana poesía de Longfellow y Lowell.

Yo hago votos, señores, por que en este pueblo, acusado al presente de utilitarismo, no falte tampoco ese espiritual reguero de idealidad que fecunda la vida y es en ella fuente perenne de alegría, de amor y de esperanza.

Biblioteca Nacional de España

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

Santa Teresa.—Las Moradas. Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 1.º de la Bibl.) 2.ª edición.

Tirso de Molina.—Teatro. (*El Vergonzoso en Palacio* y *El Burlador de Sevilla.*) Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 2.º de la Bibl.)

Garcilaso.—Obras. Prólogo y notas por don Tomás Navarro. (Vol. 3.º de la Bibl.)

Cervantes.—Don Quijote de la Mancha. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vols. 4.º, 6.º, 8.º, 10, 13, 16, 19 y 22 de la Bibl.)

Quevedo.—Vida del Buscón. Prólogo y notas por don Américo Castro. (Vol. 5.º de la Bibl.)

Torres Villarroel.—Vida. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vol. 7.º de la Bibl.)

Duque de Rivas.—Romances. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cherif. (Vols. 9.º y 12 de la Bibl.)

B.º Juan de Avila.—Epistolario espiritual. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 11 de la Bibl.)

Arcipreste de Hita.—Libro de Buen Amor. Prólogo y notas de don Julio Cejador. (Vols. 14 y 17 de la Bibl.)

Guillén de Castro.—Las Mocedades del Cid. Prólogo y notas por don Víctor Said Armesto. (Vol. 15 de la Bibl.)

Marqués de Santillana.—Canciones y decires. Prólogo y notas por don Vicente G. de Diego. (Vol. 18 de la Bibl.)

Fernando de Rojas.—La Celestina. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 20 y 23 de la Bibl.)

Villegas.—Eróticas o amatorias. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 21 de la Bibl.)

Poema de Mio Cid. Prólogo y notas por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. (Vol. 24 de la Bibl.)

La Vida de Lazarillo de Tormes. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vol. 25 de la Bibl.)

Fernando de Herrera.—Poesías. Prólogo y notas por don Vicente García de Diego. (Vol. 26 de la Bibl.)

Cervantes.—Novelas ejemplares. (*La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo* y *La Ilustre Fregona.*) Tomo I. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vol. 27 de la Bibl.)

Fray Luis de León.—De los nombres de Cristo. Tomos I y II. Prólogo y notas por don Federico de Onís. (Vols. 28 y 33 de la Bibl.)

Fray Antonio de Guevara.—Menosprecio de Corte y alabanza de aldea. Prólogo y notas por don M. Martínez de Burgos. (Vol. 29 de la Bibl.)

Nieremberg. — Epistolario. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 30 de la Bibl.)

Biblioteca Nacional de España

Quevedo.—Los Sueños. Prólogo y notas de don Julio Cejador. (Vols. 31 y 34 de la Bibl.)

Moreto.—Teatro. (*El lindo don Diego* y *El desdén con el desdén.*) Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 32 de la Bibl.)

PRECIOS: En rústica, **3** pesetas; encuadernado en tela **4**; ídem en piel, **5**.

CIENCIA Y EDUCACION

PUBLICADOS

P. Natorp. *Pedagogía Social.* Traducción del alemán por Angel Sánchez Rivero, de la Biblioteca Nacional. Precio: 6 rústica, 7,50 tela.

Rein. *Resumen de Pedagogía.* Traducción del alemán por Domingo Barnés. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

Davidson. *La Educación griega.* Traducción del inglés por Juan Uña. Precio: 3 rústica, 4 tela.

H. Weimer. *Historia de la Pedagogía.* Traducción del alemán por Gloria Giner de Ríos. Precio: 2,50 rústica, 3,50 tela.

P. Natorp. *Curso de Pedagogía general.* Traducción de María de Maeztu. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

R. Altamira. *Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización.* Precio: 2 rústica, 3 tela.

Abel Rey. *Lógica.* Traducción por Julián Besteiro. Precio: 6 tela.

Adolfo Posada, Felipe Clemente de Diego y otros. *Derecho usual.* Precio: 8 tela.

Barth. *Pedagogía.* Tomos I y II: Parte general y parte especial. Traducción del alemán por Luis Zulueta. Precio: 6 y 4 tela.

Abel Rey. *Etica.* Traducción por Manuel García Morante. Precio: 5 tela.

Abel Rey. *Psicología.* Traducción por Domingo Barnés. Precio: 5 tela.

Francisco Giner de los Ríos. *Ensayos sobre educación.* Precio: 6 rústica, 7,50 tela.

Brackenbury. *La Enseñanza de la Gramática.* Traducción del inglés por Alicia Pestana. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

Gibbs, Levasseur y Sluys. *La Enseñanza de la Geografía* (monografías). Traducción y prólogo por Angel Rego. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

Lavisse, Monod, Altamira y Cossío. *La Enseñanza de la Historia* (monografías). Traducción por Domingo Barnés. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

Edmundo Lozano. *La Enseñanza de las Ciencias físicas y naturales.* Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.

Biblioteca Nacional de España

Compayré. *Pestalozzi y la Educación elemental.* Traducción por ANGEL REGO. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Compayré. *Herbart.* Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Compayré. *Herbert Spencer.* Traducción por DOMINGO BARNÉS. Precio: 1,50 rústica, 2,50 tela.
Pestalozzi. *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos.* Traducción de LORENZO LUZURIAGA. Precio: 3,50 rústica, 5 tela.
Herbart. *Pedagogía general* y *Escritos pedagógicos.* Traducción del alemán por LORENZO LUZURIAGA, y prólogo de JOSÉ ORTEGA GASSET. Precio: 3,50 rústica, 5 tela.
Julián Besteiro. *Los juicios sintéticos "a priori" según Kant.* Precio: 1 rústica, 2 tela.
Luis de Zulueta. *El Maestro.* Precio: 0,60 rúst., 1,50 tela.
Pestalozzi. *El Método.* Traducción por LORENZO LUZURIAGA. Precio: 0,50 rústica, 1,50 tela.
Milton. *De educación.* Traducción del inglés por NATALIA COSSÍO. Precio: 1 rústica, 2 tela.
Vives. *Tratado del alma.* Traducción por JOSÉ ONTAÑÓN. Precio: 4 rústica, 5,50 tela.
Montaigne. *Ensayos pedagógicos.* Traducción, prólogo y notas por LUIS DE ZULUETA. Precio: 3 rústica, 4,50 tela.
Welpton. *Educación física e higiene.* Traducción de RICARDO RUBIO. Precio: 5 rústica, 6,50 tela.
Gonzalo R. Lafora. *Los niños mentalmente anormales.* Precio: 6,50 rústica, 7,50 tela.

J. JÖRGENSEN

SAN FRANCISCO DE ASIS

TRADUCCION DE RAMON MARIA TENREIRO

PRECIO: En rústica, **5** pesetas; encuadernado en piel, **8.**

SHAKESPEARE

EL REY LEAR

TRADUCCIÓN DE JACINTO BENAVENTE

PRECIO: En rústica, **2** pesetas; encuadernado en tela, **3.**

Biblioteca Nacional de España

EDICIONES DE LA LECTURA

PASEO DE RECOLETOS, 25. MADRID

LIBROS ESCOLARES

Publicados

ARITMETICA.—Grados 1.°, 2.° y 3.°, por don Luis Gutiérrez del Arroyo. *Precio: 0,50, 0,75 y 1 peseta.*

CIENCIAS FISICO-QUIMICAS.—Grado 3.°, por Edmundo Lozano. *Precio: 1,50 pesetas.*

HISTORIA UNIVERSAL.—Resumen, por Lavisse, traducción y adaptación por J. Deleito. *Precio: 2 ptas.*

HISTORIA NATURAL, por Francisco de las Barras. *Precio: 1,50 pesetas.*

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 75 céntimos.*

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por F. Marco. *Precio: 75 céntimos.*

HERNÁN CORTÉS Y SUS HAZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 75 céntimos.*

PLATERO Y YO.—Elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por F. Marco. *Precio: 75 céntimos.*

FABULAS LITERARIAS, por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 60 céntimos.*

EL CALIFA CIGÜEÑA y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza. *Precio: 75 céntimos.*

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

BIBLIOTECA DE JUVENTUD

Publicados

EL CONDE LUCANOR.—Adaptado para los niños por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 1,50 pesetas.*

LA VIDA ES SUEÑO.—Drama de Calderón de la Barca, adaptado a manera de cuento por Ramón M. Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco. *Precio: 2 pesetas.*

HERNAN CORTES Y SUS HAZAÑAS, por la Condesa de Pardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco. *Precio: 2 ptas.*

PLATERO Y YO.—Elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco. *Precio: 2 pesetas.*

FABULAS LITERARIAS, por Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza. *Precio: 2 pesetas.*

EL CALIFA CIGÜEÑA, y otros cuentos, de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro, ilustraciones de P. Muguruza. *Precio: 2 pesetas.*

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103305903

Biblioteca Nacional de España